

# CAPÍTULO III

MUERTE DE DON ALONSO DE CEPEDA

T

ABEMOS ya que la hija de Cepeda había tornado al claustro con pocas esperanzas de vida, y que su admirable paciencia le dió valor para soportar heroicamente los complicados males que plugo á Dios enviarle; añadiremos sólo que, viendo cuán poco la entendían los médicos de la tierra, acudió al Cielo y se encomendó muy de veras á San José.

«Le tomé por mi abogado y señor, dice, y vi claro que así de esta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida de alma, me sacó este Padre y señor mío con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora de haberle pedido cosa que no me haya concedido: es cosa que espanta las mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo; de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que á otros santos parece les dió el Señor

gracia para socorrer en una necesidad; mas á éste tengo por experiencia las socorre todas.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, capí-

tulo VI, núm. 3.)

Apenas recobró la salud, su natural amable adquirió nuevos encantos, su ingenio se mostró más brillante, y fué celebrado por todos; agradecida á las personas que la visitaban frecuentemente, y tantas pruebas de interés le habían dado en su penosa enfermedad, se dejó llevar de la afición á recibirlas y tratar con ellas; de aquí vino el entibiarse en la oración, aunque Dios se extremaba en concederle mercedes para que se dedicara á Él sólo; mas un pensamiento de falsa humildad la retiraba del Esposo divino, y distraída unas veces y temerosa otras, acabó por dejarla del todo.

Esta situación, que hubiera sido fácil evitar si sus directores le prohibieran el trato del mundo (lo que no hacían por ser las afecciones de aquel alma tan sencillas que no la ponían en el más leve riesgo de culpa), se prolongó cerca de un año, y el recuerdo de ella amargó el resto de su vida. Algunas veces presentábase Jesús en su interior como para reprenderle las distracciones que tenía, y otras la espantaba con visibles señales de su enojo, cual hemos visto en el relato de los extraordinarios sucesos que contó doña Inés. Como para todo lo que hacía demandaba licencia á su confesor, estaba tranquila, y éste era el peor de los engaños que contra ella urdía el enemigo. (El espíritu de este párrafo es de la Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. VII, núms. 2 y 3.)

II

Don Alonso Cepeda visitaba frecuentemente á su hija, y ésta, que le amaba tanto y le quería todo para Dios, aconsejábale tener oración, dándole para ello libros y útiles enseñanzas, que aprovechó grandemente su alma; así fué tan adelante en la virtud que asombraba á la misma maestra. Cuando Teresa abandonó la oración, tuvo remordimientos de ocultarlo á su padre; y después de pensar mucho vino á decírselo, mas tomando por disculpa los males que no dejaban de atormentarla; Cepeda, que por cuanto existe en el mundo no habría disimulado ni levemente la verdad, creyó desde luego lo que decía, y aun la tuvo mucha lástima.

La dulce satisfacción que experimentaba Teresa al ver que, no sólo su padre, sino otras almas adelantaban en el camino de la santificación guiadas por sus consejos y advertencias, se trocaba en desaliento al considerar las espesas tinieblas que la envolvían, hallándose á cada momento más descontenta de sí, más tímida en los ejercicios espirituales, y más perdida en el torbellino de afectos y gratitudes, que venían á ser otras tantas piedras puestas por Satanás en el camino de su salvación.

No era, sin embargo, suya la culpa, sino de la suave regla que se profesaba en el convento, que no prohibía las amistosas relaciones, ni el honesto trato de sociedad, por más que cada latido que el corazón de las religiosas consagrara á las criaturas fuera un hurto que hacían al Criador.

¡Extraña contradicción! Cuanto más se apartaba Teresa de la vida de oración continua que tuvo en los primeros tiempos de su estado, y muy especialmente durante la enfermedad que la afligió, más gustaba de enseñar á servir á Dios, y procurar que todos le amaran y se consagrasen á Él.

### III

Salía una mañana del coro cuando la llamaron á la portería, donde halló á uno de los antiguos servidores de su casa, que le traía la triste nueva de que D. Alonso Cepeda estaba peligrosamente enfermo; sobresaltada y llena de angustia, acudió á la Priora y obtuvo licencia para ir al lado de su padre, lo que hizo al punto lleno el corazón de tristes presentimientos.

Cuál fué la alegría de Cepeda al verla, puede juzgarse por el amor que siempre la había tenido; sentóse la hija á la cabecera del lecho como el ángel de su guarda, y desde aquel instante sus cuidados, actividad é incansable celo endulzaron la amargura de su intenso padecer.

—«Pasé hartos trabajos en su enfermedad, —dice Teresa al tratar de este triste suceso,—y creo le serví de algo por lo que él había pasado en las mías; tuve gran ánimo para no mostrar pena y estarme hasta que murió como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando vi acabar su vida, porque le amaba mucho.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. VII, núm. 8.)

Uno de los sufrimientos más crueles del no-

ble anciano era un dolor de espaldas tan agudo, que á veces le producía violentas congojas; la tierna hija, ansiosa de consolarlo, murmuró á su oído:

—«Padre mío, ya que vuesa merced es tan devoto de cuando el Señor llevaba la cruz á cuestas, piense que Su Majestad quiere darle á entender algo de lo que pasó con ese dolor.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. VII, núm. 8.)

¡Sublime inspiración de la fe cristiana, que hacía servir los tormentos del cuerpo para motivos de santa contemplación! Tanto consolaron á D. Alonso estas palabras, que no se le oyó quejar más de tal molestia.

Pero Dios había determinado llamarle á sí, y, ni la previsora ternura de cuantos le rodeaban, ni los fervientes ruegos de su hija lograron alcanzarle la salud: después de permanecer tres días sin sentido, volvió en su acuerdo para expirar tranquilamente, repitiendo las palabras del *Credo*, que su confesor y Teresa decían en alta voz. (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. VII, núm. 8.)

## IV

El dolor que se experimenta con la pérdida de un padre querido, el abatimiento y desamparo moral que se padece son tan grandes, que al tratar de explicarlos sólo conseguiríamos despertar amargos recuerdos en los corazones que han sufrido esta cruel prueba.

Agrupados al pie del lecho en que el autor de

130

sus días acababa de exhalar el último suspiro, los hijos de Cepeda derramaban amargas lágrimas, en tanto que Teresa, fuerte y resignada, aunque deshecho el corazón de pena, contemplaba el cadáver cuyo rostro sereno justificaba la opinión del confesor, que aseguraba lo «creía, según sus grandes virtudes, descansando de los trabajos de la vida en la mansión de los bienaventurados».

Apenas cumplidos con su padre los últimos deberes, la religiosa tornó al convento; para tranquilizar su corazón, atormentado de graves confusiones, pensó dirigirse al confesor de D. Alonso, Fr. Vicente Barrón, Presentado de la Orden de Santo Domingo, excelente letrado, digno de la elección por todos conceptos; y decidiéndose pronto, le confió su situación y le pidió humildemente consejos.

Mucho se admiró el religioso al escucharla, y no podía acabar de entender, por más que reflexionaba sobre ello, aquel ardiente celo de la salvación de las almas, unido al abandono de las piadosas prácticas que debían santificar la suya; lleno de interés hacia ella, hízola desde luego volver á la oración, y, á pesar del temor que Teresa experimentaba, obedeció con docilidad, recibiendo desde el principio consuelos y mercedes que la hacían sufrir más que si fueran acerbos castigos; porque, á medida que el amor á Dios aumentaba, su espíritu recibía clarísimas luces, crecía el arrepentimiento, las menores faltas le parecían graves pecados, y espantada de la mala senda que nabía seguido, ponía todo su esmero en enderezar sus pasos hacia la más alta perfección.

Mas no espere adelantar el alma en tales caminos sin grandes luchas y contrariedades; con ser la de Teresa inocente y pura, sufría combates sin número, ya con el recuerdo de sus pasadas tibiezas en la oración, ya por no estar tan desasida como quisiera de las muchas personas que la abrumaban con su amistad; ya, en fin, por un malestar interior y desasosiego del ánimo que á todos estos trabajos se unía, aumentado con el continuo y doloroso recuerdo de su padre.

¡Qué provechosa es, para la desconfianza que siempre debemos tener de nuestras fuerzas, la lección que en estas circunstancias nos da la dulce Esposa de Jesús, que sólo en Él buscaba el valor necesario para el sacrificio! Nada esperaba ni quería de las criaturas, cuya inutilidad declara en estas breves y elocuentes palabras, dignas de ser grabadas en nuestros corazones:

«Para caer había muchos amigos que me ayudaran; para levantarme hallábame tan sola, que ahora me espanto cómo no estaba siempre caída, y alabo la misericordia de Dios, que era solo el que me daba la mano.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. VII, núm. 13.)

#### V

Obediente á su confesor, Teresa comulgaba frecuentemente, y cada día dedicaba más tiempo á la oración, continuando en recibir del divino Esposo los favores que tanto la hacían padecer al compararlos con sus ingratitudes pasadas; así, llena de dolor se acusaba por ellas con más se-

veridad que hubieran podido hacerlo sus mayores

enemigos.

—«En esta lucha,—dice,—andaba ya mi alma cansada; y aunque quería, no la dejaban sosegar las ruines costumbres que tenía. Acaecióme una vez entrar en el oratorio, y vi una imagen que habían traído allí á guardar. Era de Cristo muy llagado, y tan devota que, en mirándola, toda me turbé, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentí de lo mal que había pagado aquellas llagas, que el corazón parece se me partía, y me arrojé á sus pies derramando muchas lágrimas y suplicándole me fortaleciera de una vez para no ofenderle más.» (Vida de la Santa Madre, escrita por ella misma, cap. IX, número 1.)

Conocedor profundo de los sufrimientos morales que tanto martirizaban á la hija de Cepeda Fr. Vicente Barrón, la animaba sin cesar, disipaba sus dudas y le mostraba libre de escollos la senda que debía seguir. Tenía el religioso, al par de clarísimo ingenio, un alma llena de bondad, que le hacía interesarse vivamente por el bien espiritual de aquella criatura tan dócil como dispuesta á alcanzar las perfecciones más sublimes. Al escucharle Teresa, se encontraba fuerte y valerosa; y aunque al principio había juzgado extremadamente difícil su vuelta á la oración, guiada por él se acostumbró pronto, y llegó á encontrar tales atractivos en sus místicas dulzuras que nunca más volvió á dejarla.





# CAPITULO IV

AMAR Y SUFRIR

I

cabroso, del cual con el favor de Dios, saldremos ilesos. Intentar en un siglo todo materialismo é indiferencia, donde la negación absoluta se expresa de la manera más desenfrenada, necia y orgullosa, hacer comprender que existen misterios de relación entre Dios y el alma, inasequibles á muchas inteligencias, lo juzgamos tarea en extremo difícil; pero si la creación los ofrece hasta en el cáliz de la flor mas sencilla, si hay seres y vidas que todavía no se nos han revelado, si la ciencia tiene también misterios incomprensibles, ¿ por qué no hemos de concederlos á ese hálito espiritual que nos anima y pone en continua comunicación con el Supremo Creador?

La razón humana, extraviada y ciega por la soberbia que la domina, rechaza la fe como con-